

¿Es el final de un ciclo político?

Jesús Mañueco Alonso es licenciado en Derecho (LA RAZON, 01/12/04)

Ya sé que quienes mandan y gobiernan, y quienes están en la oposición, no compartirán este mi criterio-pensamiento y estas reflexiones. A mí me daría lo mismo si no fuera por las consecuencias que ello conlleva y que ya se vislumbran.

Como todos los españoles que a diario seguimos la vida política en nuestro país, soy consciente de que, una vez que se llega al poder, lo más importante es mantenerse en él a toda costa, «con quien sea o contra quien sea». Muchas veces los ciudadanos nos quedamos en las pequeñeces de recriminar si los partidos cumplen sus programas electorales, como si ello fuera lo más importante en el desarrollo político, económico y social. Pequeños compromisos que casi siempre coinciden con aspectos económicos. Ya sé que para muchos millones de españoles el control del gasto, la reducción de impuestos, etcétera, es la medida que tienen para evaluar la eficacia de la gestión de un gobierno. Pero quienes gobiernan y quienes mayoritariamente nutren la oposición en estos momentos en España, han dado muestras de otros aspectos, políticos, económicos y sociales, tan negativos, que son los que, bajo mi punto de vista, debemos evaluar.

No tenemos que olvidar que el Partido Socialista ya gobernó en España durante casi catorce años y el Partido Popular durante ocho, y esos años de gobierno deben ser el documento de trabajo para conocer y saber qué pretenden los partidos cuando están en el poder y qué es lo que buscan cuando están en la oposición.

Aspectos comunes en los dos partidos mayoritarios que han gobernado España desde mil novecientos ochenta y dos han sido la corrupción, el amiguismo, el enriquecimiento ilícito de sus dirigentes, la venta y desmembración de la red pública de servicios, enriquecimiento a los amigos, la ocultación, la mentira..., y ambos sabiendo que es verdad, se lo echan en cara unos a otros cuando no tienen responsabilidades de gobierno.

El secreto y el éxito está en el pacto, en marcar la línea que no se puede rebasar, dicen ellos, para no poner en riesgo la credibilidad del sistema. Sin acuerdo y sin pacto, una vez perdidas las Elecciones Generales por el Partido Socialista, ¿cómo es posible que los asuntos de corrupción y de desgobierno se cerraran al día siguiente, con pequeñas imputaciones de responsabilidades a personas de segundo nivel y nunca más se supo? Sin acuerdos de no pasar la línea «por la credibilidad del sistema», hoy por ti, mañana por mí, ¿cómo podemos entender que se cerrara el tema «Gescartera» sin responsabilidades políticas. O el asunto del «Prestige», sin que nadie asumiera sus responsabilidades. La tragedia del Yak-42, o las mentiras y los engaños de lo sucedido el día 11 de marzo de 2004 en la estación de Atocha?

Se han creado comisiones de investigación parlamentaria que sólo han servido para interferir y entorpecer la competencias judiciales y enmascarar y ocultar, con el beneplácito de los partidos mayoritarios, las responsabilidades políticas que se pretendían investigar, sin

llegar a descubrirlas. ¿Interesaba a los políticos de los grupos mayoritarios llegar a la verdad? La evidencia del desgaste y de la falta de credibilidad de estos dos partidos mayoritarios llega mucho más lejos. ¿Para cuando la reforma del Senado, y convertir la Cámara Alta en Cámara Territorial, que represente el debate y la presencia política a nivel de Estado de las comunidades autónomas? ¿Para cuándo el cierre del Título VIII, Capítulo Tercero de la Constitución en sus artículos, 143 al 158?, porque estos asuntos trascendentes, figuraban en el Programa del Partido Socialista desde el año 1982 hasta el año 2004, y en los programas del PP desde 1982, hasta 2004, al otro en estos 22 años de gobierno alternativo, socialista y popular. El pacto es el pacto y todos conocen la línea que no pueden pasar, para su supervivencia. ¿Imaginan ustedes dónde nos pueden llevar estos partidos, si no son capaces de una vez por todas de cerrar el mapa competencial de las comunidades autónomas, con una definición clara y concisa del desarrollo estatutario en cada una de ellas? Los riesgos y los peligros son las páginas que escribió la historia de este país, en el final del siglo XIX y principios del XX, historia y páginas que los españoles deberíamos repudiar para siempre.

Pero ellos necesitan de quien sea y como sea para continuar en el poder. Si hay que pactar, se pacta; si hay que modificar el discurso, se modifica y «donde dije digo, digo diego», y los que lo critican desde la oposición, lo afirman y mantienen cuando están en el poder, sobre todo cuando están en el poder en minoría. De hablar catalán a romper con Convergencia. De recibir a Arzallus y sentarse en la mesa de negociación con representantes de partidos ilegales, a demonizar todo aquello que nos impida el poder absoluto, sean personas, partidos, comunidades, etc. Gobernar, lejos de ser legislar para todos con respeto a todos, se ha convertido en imponer y mediatizar a quien sea, para seguir en el poder, y cuando no se tienen mayorías que lo permiten, se vende al programa y el alma al mejor postor, que no es, generalmente, quien se identifica con tu programa, sino quien te permite, sacando lo suyo adelante, sacar también lo que a ti te interesa, que es permanecer en el poder. El bien general es otra cosa, que importa poco. La falta de respeto y la injerencia en los poderes independientes del Estado, los servicios públicos, mediáticos y de información, puestos al servicio del poder, con costes, no sólo económicos insostenibles, la falta de democracia interna en los partidos, donde los grupos de poder internos no guardan relación con la capacidad, el esfuerzo y trabajo, el conocimiento, la honradez, sino con falsas lealtades que sólo sirven para ocultar y tapar la corrupción y las corruptelas políticas, es una enfermedad que más pronto que tarde tenemos que afrontar, no por la supervivencia de los poderes absolutos de los partidos mayoritarios, sino por nuestra propia supervivencia y por el respeto a la pluralidad de las personas, de los pueblos, de las regiones.

Los vicios y malas conductas han maniatado a los partidos políticos mayoritarios de nuestro país, y ya no son capaces de reaccionar con políticas eficaces que afecten a todos los españoles. Únicamente son capaces de organizar su propia resistencia, y su propia resistencia no guarda relación con la dirección política que España necesita dentro de Europa y en el mundo. No podemos estar a merced de los vientos que soplen en cada

momento porque de esta manera nuestro rumbo nunca será el adecuado, estará siempre condicionado por la imantación de la chatarra que almacenan las bodegas de los grandes partidos en sus buques. Ellos saben que la forma de salvarlo y coger un rumbo eficaz y de futuro es arrojando la chatarra por la borda, pero su temor no es solamente el ruido que ello pudiera causar, sino también, el olor a podrido que desprenden.

La democracia participada y representativa no tiene por que estar reñida con los partidos mayoritarios y solventes, siempre que éstos sean capaces de entender que, solamente, son parte de un todo en el que también cuentan los demás; ésta es la garantía del éxito democrático. Porque si los demás no cuentan, no lo llamemos democracia, llamémoslo por su nombre.